

PRECIOS
DE
LA SUSCRICION
UN PESO MENSUAL EN LA HABANA
y 10 rs. fts.
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.
Redaccion
CALLE DEL SOL N. 116,
A DONDE SE DIRIGIRAN
LAS COMUNICACIONES
Y RECLAMACIONES.



ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS.
—
La Administracion
Está en la misma casa
DE LA
REDACCION.
—
EL NÚMERO SUELTO
Se vende á 3 rs. fts.

EL MORO MUZA.

Periódico satirico burlesco de Costumbres y Literatura,

DULCE COMO LOS DÁTILES, NUTRITIVO COMO EL ALCUZCUZ,

Y DIRIGIDO POR

JUAN M. VILLER GAS.

EL FIN DEL MUNDO.



randemente se equivocan los que aseguran que la cosa marcha. Yo no sé por qué hace algunos dias ha dado en zumbarme la singular idea de que se acerca el fin del mundo. Tampoco sé de qué modo esto

se ha de verificar, si será por el agua, si será por el fuego, si será por una gran perturbacion en el sistema planetario, si será por uno de esos bruscos coletazos con que, segun D. Andrés Poey, amenazó el último cometa destruir á Venus. Creo, sin embargo, que esta vez el mundo acabará con música ó por la música, es decir, por efecto de ese furor filarmónico que se presenta ya con todos los síntomas de la devastacion. En este caso tendremos el consuelo de morir cantando, como suelen acabar los protagonistas de las óperas sentimentales, y... del mal el menos, pues además de que terminaremos nuestros dias alegremente, can-

tando árias ó cavatinas con acompañamiento de orquesta y coros de ambos sexos, contaremos con la inmensa ventaja de los buenos ejemplos para imitarlos. Unos cerrarán el ojo parodiando á Moriani en la *Lucía*, otros remedarán los exabruptos epilépticos de la *Gazzaniga* en la *Traviata*, y así sucesivamente.

Lo que me choca es que si, en efecto, se ha de acabar el mundo, no se haya presentado algun signo celeste precursor de la catástrofe; quiero decir, algun otro cometa, porque á esta clase de peregrinos, segun antiguas tradiciones ó preocupaciones, concierne la triste mision de anunciar las malas nuevas. Si esto acontece, ya tengo yo tomado mi partido para lucirme. Pienso inundar los periódicos de comunicados, diciendo que por falta de los necesarios instrumentos no puedo calcular con exactitud la órbita del cometa, el volumen de este, su velocidad, su mínima distancia de la tierra, con otras circunstancias que no son para echadas en saco rato. Verdad es que los amigos Barba y Barrera, por lo mismo que deben tener remordimientos de conciencia por haber provocado el cataclismo universal, en el caso de ocurrir este cataclismo, pondrán á mi disposicion todos los instrumentos de la orquesta del Gran Teatro, dándome con esto á entender que si no hago los cálculos prometidos, no será por falta de instrumentos; pero tambien es cierto que á este sofisma podria yo contestar con

otros mil, mas ó menos satisfactorios. Lo peor del caso seria que algun perito en la materia pusiese á mi disposicion instrumentos de matemáticas, como sucedió no ha mucho tiempo en una ocasion análoga, porque este percance me pondria en la dura precision de confesar esplicita ó implícitamente que, con instrumentos ó sin ellos, yo no soy capaz de verificar los indicados cálculos.

Vale mas que no venga el cometa, para no verme en un compromiso semejante al que corrió en dicha ocasion un sabio de los mas versados en todas las ciencias. Pero, por ventura, ¿necesita venir semejante huésped para contar ya con los siniestros é infalibles augurios de la próxima evaporacion del universo? Ahí está un periódico de Santiago de Cuba, que por mas señas se llama *Centinela Cubano*, y que debe haber observado mejor que otros lo que pasa, en su calidad de centinela. Pues bien, éste ha dado ya la voz de alerta. Lean ustedes algunos de sus artículos, en que, ocupándose de las costumbres de nuestra época, presenta el mas negro cuadro de la presente disolucion social, y convendrán ustedes conmigo en que, á ser cierto lo que refiere el *Centinela*, indudablemente se acerca á pasos ajigantados el fin del mundo.

Quéjase por de pronto el *Centinela* en su número de 31 de Octubre, y en un artículo cuyo epigrafe es: *El cabo y el centinela*, de que haya madres que vayan á la iglesia

con los niños que no han salido de la lactancia, y con este motivo hace severísimos cargos á los niños y á las madres, para que ni estas ni aquellos tengan algo que echarse en cara. "Antes, dice, no se llevaban niños en la lactancia, como hoy, que incomodan y distraen con su llanto y sus chillidos, y á quienes para acallarlos se hace necesaria la indecente accion de sacar los pechos á la faz de todo el mundo."

A nadie mas que al Centinela se le ha ocurrido calificar de indecente accion el acto mas noble y natural de la mujer, acto tan santo por cierto que jamas provoca impúdicas miradas. Pero se conoce que el tal Centinela tiene un genio muy fuerte, y si con los recién-nacidos se pone hecho un energúmeno, ¿que no hará con los que han entrado en la adolescencia? Efectivamente, contra estos lanza venablos, diciendo que antes no se veian como ahora las iglesias atestadas de chiquillos sin crianza ni educacion alguna, que con sus desacatos, groserias y desórdenes turban el religioso silencio del templo &c. "Y luego añade:" *¿Cree V. que esa inmundicia de muchachos que ocupan las dos terceras partes de una iglesia están con sus padres? &c. Y despues prosigue: "¿Sucede hoy lo mismo? ¡Oh! nos ahoga la indignacion al recordar lo que hemos visto mil veces en várias partes. Esos miserables que, sin que pueda servirles de escusa la corta edad y la irreflecion hacen alarde de su impiedad con hechos de que se avergonzarian hasta los mas degradados mozos de cordel. Allí se rien y hacen señas escandalosas: allí dirijen chocarrerias indecorosas á las jóvenes que tienen á inmediaciones, sin reparar en que sean niñas ó señoras, sin atender al lugar donde están y que confunden con las plazas y los teatros; allí se burlan del anciano que les dirige una severa mirada, se mofan del sacerdote que corrije ó reconviene y del público que se escandaliza á vista de tales escesos: allí se llevan preparadas coplas obscenas y groseras para intercalarlas en los versos que se recitan al terminar la novena y allí, en fin, se reunen grupos que convocados y convenidos con anticipacion se apostan en las puertas del templo para dirijir indecentes vaciedades á las que entran y salen, para prenderles los vestidos, tirarles de las mantas y ejecutar otras demasias que la decencia nos obliga á silenciar. Hasta jóvenes marcados por la mano de Dios, que por la misma razon debieran humillarse y compungirse ante el trono del Altísimo que ocupa el templo, se han atrevido á insultarle con esas hazañas."*

¿No es verdad, amados lectores, que á ser fiel la pintura que el Centinela Cubano hace de las costumbres, deberiamos suponer que se acercaba el fin del mundo? Afortunadamente creo, yo, el Moro Muza, que dicha pintura está un poco recargada, y para ello me fundo en la idea de que las cosas que denuncia el Centinela, no han podido tener lugar en Cuba, ni cerca de Cuba, ni lejos de Cuba, ni en ninguna parte donde haya, como hay aquí, autoridades que sepan hacer respetar las leyes y personas de criterio que velen por la pureza de las costum-

bres. Y si no, que diga el Centinela Cubano donde ha visto la vijésima parte de las atrocidades que denuncia. En Cuba no será, porque yo tengo motivos para saber que allí no se permiten tales desmanes; pero si no es en Cuba, ¿donde habrán tenido lugar esas inverosímiles escenas descritas por el Centinela Cubano? Si en efecto, han ocurrido esas escenas y han quedado impunes, declaro que este hecho solo equivale á la presentacion del cometa que habia de anunciar-nos el cataclismo terrestre; pero como á mí no me conviene que el mundo se acabe tan pronto, prefiero creer que el Centinela Cubano, por los imposibles hechos que relata y por la feroz energia de su lenguaje, ha caido en una horrorosa misantropía.

Partiendo de este principio, y aunque confieso que se me erizan los cabellos al tener que habérmelas con esos geniazos terribles, cuya virulencia en el lenguaje mete miedo á cualquiera, voy á demostrar que el cuadro del Centinela está cuando ménos recargado, y que por consiguiente todavía no estamos abocados á la crisis antes indicada. Desde luego advertiré que el Centinela no conoce lo bastante la lengua teológica para meterse á predicador, puesto que llama público á la congregacion de los fieles en el templo. Debiera ese señor saber, que aunque se da el nombre de público á toda reunion ó aglomeracion de personas en cualquier local ó paraje, siempre es en la acepcion profana de la voz, y aun en este último caso la sociedad ha establecido sus diferencias, llamando simplemente concurrencia ó reunion á la que tiene lugar en algun punto por vía de invitacion ó convite, y reservando la palabra público para los espectáculos á donde generalmente se paga la entrada. De aqui se deduce que quien confunde la iglesia con el teatro, no es la juventud de nuestros dias, sino el Centinela Cubano, que da el nombre de público á la reunion de los feligreses en el templo, y que parece haberse erigido en ángel estermador de la juventud. Recuerdo apropósito de esto, lo que le pasó al señor marqués de Valdegamas con la última obra religiosa que publicó en Paris, y fué que los redactores de *l'Univers* le declararon hereje ó punto menos, solo por haber dicho con la mejor buena fé que en este mundo sucede necesariamente lo que quiere Dios, en lugar de decir que lo que quiere Dios sucede infaliblemente. Si esto le ocurrió al buen marqués de Valdegamas por la simple sustitucion de un adverbio á otro muy semejante, ¿que le hubiera sucedido en el caso de emplear, con respecto á las reuniones de personas en los templos, la palabra público con que se designan esas mismas reuniones en los teatros? De cualquier modo, queda demostrado que el Centinela, mas ducho sin duda en el idioma de la táctica que en el de la teología, carece del primer requisito para meterse á predicador.

Pasando á otro punto, pregunto yo: ¿como es posible que en Cuba, ni en ninguna otra parte, se hallen las iglesias atestadas de chicuelos sin crianza ni educacion, que in-

comoden impunemente á los grandes nada menos que con desacatos, groserias y desórdenes? ¿Como concebiré que los pobres jóvenes puedan allí, ni en el resto del mundo, merecer la calificacion de inmundicia de muchachos? ¿Como me esplicaré tan duro dictado porque ocupen los infelices las dos terceras partes de la iglesia, cuando si algo prueba esto es su innegable devocion, supuesto que asisten á los oficios divinos en mayor número que los grandes? ¿Como creeré que hacen señas escandalosas, dirijen á las señoritas chocarrerias indecorosas, se burlan de los ancianos, se mofan de los sacerdotes y del público, sin que las jóvenes á quienes ofenden, ni los ancianos de quienes se burlan, ni los sacerdotes de quienes se mofan, ni el público á quien escandalizan, les hayan es-carmentado? ¿Como comprenderé que haya quedado sin castigo el acto de llevar á la iglesia coplas obscenas y groseras para intercalarlas en los versos que se recitan al terminar la novena? En fin, ¿como es posible que despues de haber hecho los muchachos tantas barbaridades, y aun despues de prender los vestidos de las jóvenes y de tirarles á estas de las mantas, hayan ejecutado otras demasias que la decencia nos obliga á silenciar?

Todo esto, francamente, lo ha soñado el Centinela, porque no puede ocurrir en ningun pais civilizado, y el tal sueño está muy en armonía con el carácter misantrópico del energúmeno enemigo de los muchachos. ¿Si es un Herodes! Y no vayan ustedes á tomarlo á broma, porque si no es un sucesor, es cuando menos un panegirista de Herodes el tal Centinela Cubano. Yo lo infiero así, no solo de la virulencia con que habla contra los niños, sino de un párrafo que dicho periódico estampó en el número correspondiente al 7 de Noviembre, y en el cual, despues de hablar metafóricamente de los toros, dice lo siguiente: "¿Cuanta falta les hace á estos un Montes, un Rebollo ó un Chiclanero, y á los novillos y terneros, (es decir, á los muchachos,) un Herodes, que no entendia mal el oficio!"

Ahora ya me esplico perfectamente todo el horror que el Centinela tiene á los pobres párvulos, pues si alguna duda pudiera quedar respecto á los motivos que tuvo para zurrarles la badana con tan implacable furia, el elogio desembozado que luego hizo del famoso Herodes la disiparia completamente. Lo que no me puedo explicar es eso de que hasta los jóvenes marcados por la mano de Dios hacen lo mismo que los demás; porque, ¿quienes son los que están señalados por la mano de Dios? Así es como se suele designar á los cojos, á los jorobados, á los tuertos, y en general, á todos los lisiados; por cuya razon parece dar á entender el Centinela que si los cojos, los jorobados ó los tuertos no fuesen cojos, jorobados ni tuertos, podian escandalizar lo que quisieran, pues tendrian alguna disculpa, pero que si es permitido á cualquiera el observar mala conducta, deben exceptuarse de la regla los tuertos, los jorobados y los cojos, por la imperdonable falta de ser cojos, tuertos ó jorobados.

Todo esto me está diciendo á mí que la ortodoxia del Centinela no es muy ortodoxa, y no será difícil que en el mismo artículo en que tanto declama contra las irreverencias de la juventud, hallemos proposiciones de sospechosa naturaleza. Veamos. El autor de dicho artículo, niega que en los muchachos de ahora pueda haber ateísmo real ó especulativo, y añade: "y me fundo en que para ser ateo, *se necesita tener talento y un gran caudal de conocimientos*, principalmente en los dogmas fundamentales de nuestra santa religion y en la disciplina de nuestra madre la iglesia, *único medio de ponerse en aptitud de asentir ó negar sus creencias.*"

Esto es como de quien dice: "si al menos fuesen ateos no serian tontos." Y no es un lapsus, amados lectores, no es un extravío propio de la improvisacion el que ha padecido el Centinela en su esplicita defensa del ateísmo; pues mas abajo del párrafo citado añade: "por mas que, como ya lo hemos dicho, *para ser incrédulo se necesita talento y profundo estudio;*" y como si no lo hubiera recalado bastante, agrega despues: "Que en Cuba como en todas partes hay un número de desgraciados que la *afrentan y deshonran*, no con su impiedad, pues primero es *que tuviesen capacidad para ser impíos.*" etc.

Se vé, pues, por esa insistencia del Centinela Cubano en hacer la apología del ateísmo, suponiéndole fruto natural del desarrollo de la inteligencia, que habla por convicción, y de consiguiente son muy sospechosas las acusaciones que ha hecho contra la juventud. Lo mas lógico es suponer que al buen Centinela, en su inesplicable misantropía, le ha dado por aborrecer á los muchachos, y hasta el elogio, nada embozado por cierto, que hace del rey Herodes, prueba esta lamentable verdad. ¡Demonio! no quisiera yo ser chiquillo y tener que pasar cerca de semejantes centinelas. Lo único que deseo es demostrar que el cuadro en que con tan horrendos colores se ha pintado la corrupcion de las costumbres, es mas que recargado, es quimérico, y por lo tanto debemos alegrarnos con la dulce esperanza de que todavía está muy lejos el fin del mundo.

EL MORO MUZA.

EL MALACOFF.

Es casi seguro que solo al considerar los hombres graves y pensadores, que haya quien tome la pluma para ocuparse de una cosa tan superficial como el Malacoff, arrugarán el entre-cejo haciendo una mueca de disgusto; pero así como así yo no escribo para ellos sino para los otros, es decir, para los que no son graves ni pensadores. Mientto; tampoco escribo para estos sino para los otros, los que forman un medio proporcional entre lo grave y lo frívolo, ó sea entre lo grave y lo idem, porque en mi concepto los hombres que muestran mas aspiracio-

nes de sesudos, son los que por lo regular tienen menos seso. Ahora bien, confieso que no ha entrado nunca en mi imaginación la idea de escribir para estos últimos, y que hoy, sean ellos del carácter que fueren, poco me importa lo que digan, porque, francamente, no escribo para ellos, sino para ellas. Pero no; ¡que desatino! ¿había yo de ir á indisponerme con el sexo feo que es al mismo tiempo el sexo fuerte? Lo mejor, está visto, será escribir para los suscritores al *Moro Muza*.

Acúsase de superficial al malacoff, y con razón hasta cierto punto, porque pocos objetos habrá que en igualdad de masa presenten mayor superficie; pero ¿quienes son los que desdeñan su exámen? Los pensadores, debiendo advertirse que muchos no se creen pensadores sino porque andan generalmente pensativos, y lo peor de todo es que, á pesar de sus apariencias, suelen no pensar en nada ó están pensando días enteros para salir con alguna majadería. En cuanto á mí, declaro que hay dos cosas que me preocupan sobremanera y son, el estilo francés que se va introduciendo en nuestros escritos originales y el malacoff, instrumento en que suelen introducirse otros originales de mejor estilo que todos los escritos del mundo.

Si, señores, aplaudo á este niño mimado de la moda; soy partidario del malacoff, recurso que no tiene pelo de tonto, para lo cual empieza por no tener pelo de ninguna clase; pero, en fin, que no es tonto, ni tonton, ni tontazo por mas que descienda del tontillo y parezca que debía tener con sus antepasados algun aire de familia. Y si no vamos á cuentas. ¿Qué es el malacoff? Un mueble utilísimo que representa con perfeccion, muy diversos papeles. Tan pronto puede pasar por un enderezador de entuertos, y en efecto, lo es muy á menudo, como por un *encubridor de engaños*. A veces es un manantial de ilusiones, á veces un lazo tendido á los incautos, á veces un freno para los atrevidos y siempre una fortaleza punto menos que inespugnable, como que solo cede al inmenso poder de numerosas huestes coaligadas para embestirle. ¿Hay cosa mas agradable que las artísticas formas de que reviste á las hijas de Adán?

¿Que importa que la fea fardo de huesos y pellejo sea, y en lugar de robustas pantorrillas tenga enjutas canillas si ya, gracias al arte, no hay cacúmen que despeje su incógnito volúmen?

¿Que importa que natura la hiciera patizamba, ó la cintura tenga de enorme ó corpulenta encina, si esa invencion del genio, peregrina da espaciosa cadera y á ser preciso mas, mas encubriera?

¿No es ya verdad notoria, que una flaca y no flaca de memoria, sino de cuerpo, el malacoff se adapta y voluntades mil así se capta de los que sus pasiones reservan para objetos gordiflones?

¿Quien es el que un revés bravo resiste

despues que osado al malacoff embiste? ¿Quien que no se entusiasme, se sorprenda ó se pasme al tener que fijar su pensamiento en el malacofiano monumento?

Algo mas pudiera decir en favor de la moda que me ha inspirado estos renglones; pero no lo diré por la sencilla razón de que nada nuevo se me ocurre. La culpa no es mía sino del chisme que me inspira tan pocos y pobres conceptos, aunque mirándolo bien siempre es mía la culpa, por que estando en mi mano la eleccion del asunto, fuí á optar por el mas estéril de todos. Pero, no: ahora caigo en que nadie tiene la culpa de lo que me está pasando mas que Barba. Miento, que tambien la tiene Barrera. Barba y Barrera son, pues, responsables de lo poco que llevo dicho, habiendo empezado con las infúlás del que va á decir mucho. Y ya que tuve el gusto de endosar el mochuelo, voy á concluir manifestando de nuevo la duda de si lo que llevo escrito es para ellos ó para ellas, ó para ellas y ellos. Me parece que á la postre vendrá á resultar que no he escrito para las unas ni para los otros ni para nadie, supuesto que nadie ha de hallar sustancia en este artículo. Sin embargo, estoy seguro de haber trabajado para alguien y este alguien soy yo mismo, lo cual no solo es disculpable y aun plausible, en la espantosa época de refinado narcisismo que atravesamos, sino que tiene la ventaja de llenar completamente el objeto que me propuse. Yo he querido hacer algo que sea del agrado de mis lectores, y siendo yo tal vez el único lector de lo que llevo hecho, es evidente que he logrado el fin apetecido, porque si mis escritos no me gustasen á mí, ¿á quien le habian de gustar? Sacamos, pues, en limpio que he escrito para mí solo, y si me duele algo, es no haberme despachado á mi gusto colmándome de piropos á mí mismo, como hubiera podido hacerlo sin que el público lo estrañara; pero ya que no he tenido el orgullo de lisonjearme lo suficiente, me consolaré con la esperanza de la profunda sensacion que estas reflexiones filosóficas van á causar en todo el mundo, circuncribiendo el mundo, por de contado, á mi exclusiva individualidad.

A TODAS LAS PRIMITIVAS: ¡SALUD!

Días ha que mi musa impertinente Y henchida, es claro, de ambicion de gloria, Siente, ó finje que siente, Una tal propension á hacer patente Su potencia en la lid jaculatoria;

Que renuncia á los cuadros de costumbres Y á registrar fatídicos anales, Y á dar, en vez de albricias, pesadumbres, Por consagrar su tiempo á los natales.

Con el plausible y racional motivo De ensayarme en los vítores ó vivas, Y el de probar que, al fin, no soy esquivo, Y el de saber que es hoy san Primitivo, Por vosotras comienzo, *Primitivas*.

Y á fé que al celebrar vuestros primores
Disipar fuera bueno los errores
Que en diversas edades
Han usurpado el nombre de verdades.

Hay quien dice, con aire de maestro,
Que el día es para todos: ¡tontería!
Hoy no es día de nadie, sino vuestro,
Y saludaros quiero en vuestro día.
Hay también quien por gusto, tema ó vicio,
No teniendo de cálculo un adarme,
Ama la perfección..... del artificio.
Yo, no es por alabarme,
Fui siempre aficionado, ¡voto á cribas!
A todo lo que tiene esencia propia,
Lo que es fundamental puro, y no copia,
Es decir, á las cosas *Primitivas*.

Creo que hareis alarde de indulgentes
Si esta canción á continuar me apresto,
En vista de mis buenos precedentes,
Que son inmejorables, por supuesto.

Y aun, si cuento una historia
Que, cual vereis, redundará en vuestra gloria,
Tal vez hareis honor á estos renglones
En gracia de mis sanas intenciones.

Es el caso, señoras,
Que esta mañana, así como dos horas
Antes de amanecer, dejé la prole
Morisca descansando,
Y en dirección al campo tomé el tole,
Inspiraciones con ardor buscando.

En lejano horizonte
Vi un hermoso vergel, cerca de un monte,
Y me puse á cojer con mil afanes
Preciosos tulipanes,
Y azucenas, y rosas, y claveles,
Y jazmines del Cabo, y siemprevivas,
Y mirtos, y laureles
Que ofrecer á las bellas *Primitivas*.

No alcanzando mi vista á mi deseo,
Por más que en vuestro honor echara el bazo,
Pues era ¡yo lo creo!
Antes de que sonara el cañonazo,
Dejé de cortar flores
Y me senté con calma,
De *Don Febo* á esperar los resplandores,
Cuando me hirió en el alma
No sé que voz amiga
Que creí de la insigne *Gazzaniga*.

Mas, ¡ay! era el gorjeo ¡de un *sinsonte*!
Que reposaba en el vecino monte,
Cansado de sufrir rudos ultrajes
En sus largos viajes
Por la Europa, la España y el Piamonte;
Y libre ya de susto
Vino á decir con notas espresivas:
«Ay, que rico tan gusto
Deben hoy disfrutar las *Primitivas*!»

Su canto acompañaban
Otras aves canoras,
Y así se resbalaban,
Sin yo sentirlo, plácidas las horas;
Cuando allá en el oriente
La claridad brillando matutina,
Probó que el sol, siguiendo su rutina,
No pensaba salir por occidente.
Fijé corriendo allí la mente estática,
Por si eran puras tretas
De un sabio que en acecho de cometas
Una aurora anunció *prismática*.
Pero pronto la puerta del oriente
Dió paso á un huésped solo
Que iluminó la tierra de repente,
Y era este majó el rubicundo Apolo.
No me causó estrañeza con su lumbre
Que conozco bastante;
Mas, observé, no obstante,
Que él abultaba más que de costumbre.

¿Que será, yo á mí mismo me decía,
Lo que hoy tiene el señor, padre del día?
Cuando, con harto asombro,
Vi que encima del hombro
Traía el pobre Apolo, ¡voto á sanes!
Mas de cuarenta mil cargas de olivas,
Para hacer un obsequio á los galanes
De las siempre adoradas *Primitivas*.

Casi perdí el sentido, no lo oculto,
Con una novedad de tanto bulto.
Pero, por fin, haciendo
De tripas corazón, palomas mías,
Como es prudente en semejantes días,
Fui las flores citadas recojiendo;
Y esas os doy con voluntad notoria,
Y aquí se acaba la presente historia.
Si no son lindas flores
Las que os brindo por hoy con alma y vida,
Perdonad, que otra vez serían mejores.
¡Ojalá que así sea,
Y mi deuda de honor pagada vea;
Por más que al ir al monte
Tenga que oír el canto lastimero
Del infeliz *sinsonte*
Que anduvo casi siempre al retortero
Por la Europa, la España y el Piamonte!
¡Ojalá que vivamos muchos años;
Que el cielo nos preserve de otros daños;
Que vosotras y yo, niñas hermosas,
Podamos ostentar frentes altivas,
Vosotras, bellas, para ser dichosas,
Y yo para contarlo, *Primitivas*!

EL MORO MUZA.

YA ME ENTIENDE USTED.

Cierto empleado de una gran casa, que de puro grande se pudierá llamar enorme, al presentar las cuentas de su administración, terminaba con esta indirecta del Padre Cobos: "Resulta pues, un *déficit sobrante á mi favor* de..... tanto más cuanto; "lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir:" ya me entiende usted."

Esta frase del "ya me entiende usted" es de las más elásticas de nuestra lengua, como que sin decir nada lo dice todo; pero entre las diversas interpretaciones que tiene cuando dice algo, una de ellas es que, en esta viña del señor, el que esté á las maduras debe también estar á las duras, y vice-versa. Y esta última proposición, francamente, ya no es una indirecta del Padre Cobos, sino una verdad del no menos respetable filósofo Perogrullo. El mismo Bernardo del Carpio lo reconoció así en su tiempo, y otro Carpio, que pudiera muy bien descender del célebre Bernardo, ha dicho en nuestros días allá en la patria de Moctezuma lo siguiente aludiendo á Babilonia:

Y así acabó la reina de las gentes,
harta de orgullo y de placeres harta;
como acabó la espléndida Palmira,
la sabia Atenas y la dura Esparta,
cuyos escombros el viajero admira.

Tal vez, tal vez, en tiempos venideros
los sabios de los siglos más lejanos
irían á ver de Londres opulenta
los restos entre inmóviles pantanos,
y en sus inmensas plazas y en sus calles

pastarán las ovejas y los bueyes,
y anidarán las aves solitarias
en los grandes palacios de sus reyes.

Todo lo cual es verdad, (aunque por estar en verso debía ser mentira) porque la ley de las duras, se refiere no solo á los simples individuos, ó individuos simples, sino también á las ciudades y aun á las naciones. Aquella magnífica tierra donde existió la famosa república de Cartago y donde se produjeron tan grandes héroes, ¿no ha venido á ser con el tiempo una madriguera de bandoleros?

¡Ah! desgraciadamente nadie puede escapar á esa ley de correlación que algunas veces va de las duras á las maduras, pero muy amenudo, también, de las maduras á las duras, y, valga la verdad, nunca como en esta ocasión vino tan á pelo aquello de "ya me entiende usted." La única diferencia que hay entre lo uno y lo otro se explica diciendo: que el que pasa de las maduras á las duras, tiene un verdadero *déficit* en su cálculo, y al revés, el que pasa de las duras á las maduras, queda como el otro, con un *déficit sobrante á su favor*.

Esto último es precisamente lo que procuramos todos los mortales, solo que algunos, aunque no carezcan de intención, están de tal manera dominados por el don de errar que, tratando por ejemplo de lucir la punta de la nariz, no enseñan más que la punta de la oreja. Después procuran remediarlo, pero ya es tarde y no admite enmienda la equivocación, pues aunque realmente quisieran y pudieran enseñar la punta de la nariz mil veces, no lograrían borrar la mala impresión que causaron enseñando la punta de la oreja y... "ya me entiende V."

Uno de los personajes contemporáneos más favorecidos por esa ley de las duras y las maduras es el *Moro Muza*, pues hasta hoy ha tenido la suerte de resultar como el otro, esto es, con *déficit sobrante*. Si algo hubiera podido atormentarle en medio de las satisfacciones que le rodean, sería el merecer la aprobación de doña Desideria, más conocida por el apodo de *Prensa de la Habana*; pero por fortuna, doña Desideria, con ese admirable tino que siempre tuvo para enaltecer á los que quiere deprimir y vice-versa, se ha escedido así misma en reprobar la conducta del *Moro*, el cual está bailando de gozo al saber ya de positivo que no ha tenido la mala suerte de petar á doña Desideria, y más aun todavía, como la misma señora dice, de saber que doña Desideria no corre el peligro de ir á... "pues, ya me entiende usted."

Porque, ya es hora de decirlo, para luces no ganaría el *Moro Muza*, si quisiera ver lo que en su favor dijese doña Desideria, en el lamentable caso de haber merecido su aprobación; esa aprobación que la buena señora reserva con su pulso acreditado para sus compañeros de infortunio, y en prueba de ello doy á los más linceos algunos párafos que doña Desideria espetó días pasados, para que me hagan el obsequio de decir si han podido descubrir algo á través de un lenguaje que, sin duda por lo profundo, raya

en tenebroso. Hablando del remate de ciertos escombros y de un terreno que hay en la calle de Luz, y quejándose de la falta de postores, decía: "Creemos que la causa de ello será la crecida suma que se exige por el precio."

¿En qué quedamos, doña Desideria? ¿Es crecida la suma que se pide por el precio, ó es crecido el precio que se pide por los objetos puestos en pública subasta? Si no es lo segundo, no entiendo lo primero, y si lo que yo digo es lo mismo que V. quiso decir, preguntaré con el otro: ¿porqué no lo dijo V.? Pero, ¿buena pregunta! usted no lo diría porque..... pues..... eso se conoce á la legua..... es decir, porque..... "ya me entiende V."

Este apóstrofe que me he permitido asentar á doña Desideria, no debe impedir que continúe copiando el párrafo interrumpido, el cual, ¡cosa singular! aun refiriéndose á la calle de Luz, me ha dejado á buenas noches. "Creemos, dice, que la causa de ello es la crecida suma que se exige por el precio, á pesar de la segregación que se ha hecho y de estar inhabitable la casa. Será, pues, necesario que el Esemo. Ayuntamiento haga avaluar ambas ruinas y el terreno en lo que sea justo, y entonces no faltarán compradores, pues el punto es inmejorable."

¿Que tal, amados lectores del *Moro Muza*? ¿Que os parece de esa nueva invención de *avaluar ruinas*? Esto sí que es trasladarnos á Babilonia; pero lo que es divertido para el *Moro Muza*, y debe serlo hasta para los mismos compañeros de infortunio de doña Desideria, es lo de aconsejar al Esemo. Ayuntamiento, no solo que *avalúe ruinas*, sino que las *avalúe en lo que sea justo*. Bueno sería que las *avalúase en lo que fuera injusto*, que es lo que el autor del párrafo debió recomendar para acabar de lucirse. Sin embargo, el párrafo copiado, aunque oscuro, se conoce que ha sentido en algo la influencia de la calle de Luz, por algunos vagos resplandores que despide; pero, detrás de él hay otro condenado á no recibir ni dar luz alguna, por mas que sea de aquellos que pueden arder en un candil. Carta canta. "*Ferrocarril urbano*.—Hoy principian las funciones de la compañía ecuestre de Chiarini en la plaza de toros de la calzada de Belascoain."



Y antes de pasar adelante, pregunta el

Moro Muza: ¿cuántas plazas de toros hay en la Habana? porque, según el citado párrafo de doña Desideria, parece que hay alguna otra cuando menos, y que el señor Chiarini ha optado por la de la calzada de Belascoain? Ahora ya puedo seguir el interrumpido párrafo, que dice: "las cuales (las funciones) atraerán la concurrencia que siempre: si la empresa del ferrocarril urbano hubiera continuado la línea concedida por dicha calzada y por la calle del Arsenal y calzada de Vives....."

Todavía una pausa, queridos lectores, aun todavía una pausa. Necesita el *Moro Muza* sacarnos de un error, á los que creíamos que la línea del ferrocarril urbano había sido concedida por el Gobierno. Ya veis que no es así, supuesto que doña Desideria dice que la espresada línea ha sido concedida por dicha calzada, esto es, por la de Belascoain, por la calle del Arsenal y por la calzada de Vives, y añade la buena señora, después de haber dotado de facultades legislativas y gubernativas á tres calles de estramuros: "de lo que ya es tiempo, pues la concesion, si no estamos trascordados, comprendia la obligacion de terminar las líneas en un plazo fijo, el público podría gozar de la ventaja de esa vía, bien que, para que fuese efectiva, sería preciso que los viajes fuesen mas frecuentes y el precio un real sencillo de un extremo al otro."

¡Oh, estimados lectores! vosotros tenéis penetración, tenéis esa vivacidad con que á la madre naturaleza plugo favorecer á los hijos de las tierras meridionales, y por consiguiente, habreis adivinado lo que doña Desideria quiere decir en todo el citado párrafo; pero convendréis conmigo en que el salto que la buena señora pegó desde la calle de Luz á la plaza de toros, no es tan largo como la distancia que hay de lo que quiso decir á lo que realmente dice. Debemos suponer que en aquello de que la vía solo pudiera ser efectiva, siendo mas frecuentes los viajes y un real sencillo el precio de estos, ha querido decir doña Desideria que la citada vía, bajo las referidas condiciones, sería útil á la empresa y al público; porque para ser efectiva una cosa, le basta no ser ideal ó imaginaria; de modo que, existiendo la vía, es efectiva por el solo hecho de existir, y no por la mayor ó menor frecuencia de los viajes, ni por lo mas ó menos subido del precio. Supondremos tambien que lo que doña Desideria propone, con respecto al precio, es que se fije éste en un real sencillo por cada viaje de un extremo al otro de la vía; pero no que el real sea forzosamente sencillo de un extremo al otro, porque aquí no se conocen reales hermafroditas, esto es, que participen de las cualidades de los sencillos y de los fuertes; no hay reales híbridos que hayan sido engendrados por cuños de distinta especie; de manera que un real fuerte ya se sabe que ha de ser fuerte de un extremo al otro, y si es sencillo, tambien ha de serlo de cabo á rabo, sin que en el centro ni en la circunferencia tenga pizeca de fuerte. Pero si estas suposiciones son fundadas, si doña Deside-

ria no ha querido realmente trasladar á las calzadas de Belascoain y de Vives, en union de la calle del Arsenal, el poder legal de conceder vias férreas; si no ha entrado en su mente tampoco la idea de que una vía, cuyos viajes sean poco frecuentes y cuyo precio difiera de un real sencillo, deje de ser efectiva y debe pasar por una especie de alucinación; en fin, si no tuvo intencion de aconsejar que el real en que fija el precio de los viajes sea rigurosamente sencillo de un extremo al otro, es decir, sencillo sin mezcla de fuerte, ¿porqué dijo lo que no pensaba, ó porque dejó de decir lo que se le ocurría? El *Moro Muza* se dirige así mismo estas preguntas y así mismo se contesta, diciendo: "doña Desideria es enemiga del buen español, eso todo el mundo lo sabe: doña Desideria me dió dias pasados una filípica del demonio, quejándose de que mis críticas se redujesen á la censura de sus faltas gramaticales; pero doña Desideria no incurre voluntariamente en dichas faltas solo por odio á la gramática ó al buen español, sino porque... pues; "ya me entiende usted."

La digresion ha sido larga, pero no infructuosa, pues mis lectores habrán comprendido por ella que, si algo pudiera coronar el éxito favorable que ha tenido la dicha de merecer el *Moro Muza*, sería la desaprobacion de doña Desideria ó de sus compañeros de infortunio, de aquellos que regalan estabones á los edificios, porque los elojios tributados á un escritor por los que teórica y prácticamente se mofan de la gramática y de la lójica, serían altamente ofensivos. Estoy por decir que si un dia se levantase doña Desideria de humor de aplaudir al *Moro Muza*, este la citaria ante los tribunales pidiéndola una reparacion del insulto que le habria inferido con sus aplausos. Guarde, pues, doña Desideria sus recomendaciones para sus compañeros de infortunio.

Pero, si hasta en esto de contar con la terminante desaprobacion de doña Desideria, tuvo hasta hoy el *Moro Muza* la satisfacion de dar con las maduras, no por eso cree que nunca le llegará el turno de probar las duras. Nada de eso, pues sabe que otras personas de mas alto chapin han cedido á la suprema ley de compensacion. Hombres millonarios se han visto, que, después de saborear todos los deleites de que la vida es susceptible, se hallaron con un déficit sobrante; no á su favor, sino en contra suya, y murieron como debian haber vivido. Pero si este ejemplo no basta, pondré otro mas encofetado. Poderosos príncipes se han conocido, tales como algunos emperadores romanos, que, en el delirio de su desenfadada soberbia, no contentos con el vasallaje que se les rendia como á Césares, quisieron ser adorados como dioses. ¿Para qué? Para que la historia, dando á cada César lo que le corresponde, les haya luego negado hasta la cualidad de hombres. Pero, por si aun y todavía me he quedado corto, apelaré á un tercer ejemplo, elevándome cuanto posible sea en el escalafon de las eminencias sociales. Cantantes y cantatrices hubo tambien, que, después de verse

trastornados por el excesivo incienso que les tributaban los idólatras del culto filarmónico, acabaron, como *Mario* y la *Grisi* en Madrid, consignando en la cuenta de sus glorias un tremendo déficit sobrante á favor del buen sentido público.

¿Que vítores y coronas no han recibido; que fabulosas recompensas metálicas no han logrado *Mario* y la *Grisi* mientras vivieron en la estacion de las maduras? El que menos de los dos, por el solo mérito de la garganta, ganó en cada noche tanto como se suele dar al año al mas útil catedrático de la universidad de Salamanca ó de la de Madrid; el que menos ha recojido en una semana por cantar mas coronas de las que se hubiesen prodigado á cien guerreros despues de haber salvado la independencia de una nacion. ¿Quien habria en todo ese tiempo sido bastante osado para decir simplemente que *Mario* y la *Grisi* desempeñaban sus papeles en el teatro con inteligencia y que cantaban con mucho primor? ¡Ah! ¡no! Era preciso para tenerlos contentos ponerlos á la altura de los primeros sabios en el talento, y de los mismos ángeles en el canto. Era de rigor no hablar de ellos sino para decir cosas semejantes á estas: "Estuvieron inimitables, asombrosos, sublimes, divinos." Y bien: acostumbrados *Mario* y la *Grisi* á esa perpétua ovacion de que han sido objeto, como si el que menos de los dos fuera una necesidad social; dados á esa especie de adoracion que han recibido, como si cada cual fuese un nuevo redentor del género humano; acostumbrados, en fin, á esas demostraciones propias de un siglo de perturbacion intelectual en que todo parece haberse postergado á un entusiasmo ficticio, pero de muy buen tono, por la ópera, llegaron á Madrid, y al ver que no se les recibia con pábulo y con fuegos artificiales, torcieron el morro, que por fortuna era mas propenso á las contracciones nerviosas que el Morro de la Habana, y al ver que el público reprobaba sus ademanes, cantaron mal, porfiando, para que no dejase de suceder aquello de: cantar mal y porfiar; y al ver, ó mas bien, al oír los silbidos que sustituyeron á las aclamaciones de costumbre, desfallecieron como era natural. ¿Que quiere decir esto? Que para *Mario* y la *Grisi* ha llegado la época de las duras, al cabo de los muchos años que han estado probando las maduras.

Pero doña Desideria, comprendiéndolo de otro modo, ó queriendo probar que tiene tambien oreja, y muy sensible por cierto á los silbidos que resuenan en los mas remotos paises contra los artistas inviolables, se explica el suceso de otro modo. Es decir, no da cuenta del hecho absolutamente, pero, despues de hacer un pomposo elogio biográfico de *Mario*, establece este significativo parangon: "Así como la *Grisi* recojó la herencia de la Malibrán, *Mario* ha sido el legítimo heredero de Rubini. Siempre ha sido un objeto de admiracion en este artista la pureza, la lozanía, la suavidad de voz, su gusto delicado y su escelente método. Canta los andantes como un ángelo. Este es el juicio que hacen de él los italia-

nos, (como quien dice, los que mejor lo entienden.) En Lóndres, en Paris, en todas las capitales que ha recorrido ha dejado indelibles (¿hola?) y muy gratos recuerdos de su génio. (¿Qué génio?)" Nada mas dice doña Desideria que sea sustancial; pero este panegirico de *Mario* y de la *Grisi*, así como la indicacion de que en Paris y Lóndres y todas las capitales se ha juzgado ventajosamente á *Mario*, en el momento en que la capital de España acaba de probar á *Mario* y á la *Grisi* que en este mundo los que están á las maduras estar deben tambien á las duras, es lo que los retóricos llaman una reticencia, y esta clase de reticencias es justamente la que mas fielmente puede traducirse con una de esas frases que sin decir nada lo dicen todo, como... "pues... ya me entiende usted."

No deja de ser muy significativo tambien que en el mismo número en que doña Desideria emplea tales artificios para vindicar á *Mario* y á la *Grisi*, defiende á sus compañeros de infortunio del cargo que con tanta oportunidad les hizo días pasados el *Diario de la Marina*, cuando creyó descubrirles la punta de la oreja; pero estas no pasan de ser chocantes coincidencias que solo prueban aquella verdad de que..... pues..... ya me entiende V. Quiero decir, que el *Moro Muza* está aun todavía en la estacion de las maduras, y que para no conocer en nada las duras no ha tenido ni aun el ligero contratiempo de verse defendido ó elogiado por doña Desideria.

EL MORO MUZA.

CRÓNICA.

Gran parada.—Las comunistas.—Instrumentos prohibidos.—Opera italiana y ópera española.—Circo de M. Chiarini.

El buen Ibrahim Zaragate suele armar terribles peloterías con sus compañeros de redaccion, y la que provocó en la mañana del último lunes fué de padre y muy señor mio. "¿Que buena, dijo, ha estado la parada de ante ayer en el Paseo de Isabel II!"

—Cuidado, amigo Zaragate, le interrumpió el *Moro Muza*; mira que no dices nada demas en eso de que ha estado buena la Parada, y aun podias haber asegurado que estuvo brillante; pero ten presente que ese acto no ha tenido lugar en el Paseo de Isabel II sino en la calle de la Reina.

—Perdone V. Señor Moro, replicó Zaragate, como si él fuera muy cristiano; la parada que todos hemos visto en la calle de la Reina, no ha tenido lugar en la calle de la Reina sino en el Paseo de Isabel II; y si no, lea V. la *Prensa* que dice así: "Gran Parada.—El sábado por la tarde se verificó con el lucimiento de costumbre la gran parada de las tropas de esta guarnicion, incluso los batallones de Voluntarios de esta ciudad, ocupando toda ella el hermoso paseo de Isabel II. El Escmo Sr. Capitan General Marques de la Habana, se presentó á las cuatro y recorrió toda la linea. &c."

—Pero bien, insistió el *Moro Muza*; ¿no has estado tú en la Parada con todos nosotros? ¿No has visto como todos nosotros que ha sido en la calle de la Reina, y no en el paseo de Isabel II, donde ha tenido lugar el referido acto? Pues siendo esto así, debes comprender que la *Prensa* se equivoca y que describe lo que no ha visto, sin duda con el objeto de divertir á sus lectores contándoles las cosas siempre al revés de como han sucedido.

—Convengo en ello, repuso Zaragate; pero yo tengo tal aficion á ese periódico que le doy crédito en todo, aun cuando yo haya visto lo contrario de lo que el nos cuenta. Esto cuando ménos prueba cierta originalidad, por que el narrar los hechos tales como han pasado es sumamente antiguo y debe abolirse. Además, quien inventó las novelas en planillas bien puede haber inventado el arte de hacer y decir las cosas en diametral y constante oposicion á la verdad. El único inconveniente que este descubrimiento puede ofrecer, es el de que los lectores de un periódico redactado bajo un sistema tan original, harán la víctima, no sabiendo nunca de cierto cómo ni donde han ocurrido los sucesos que se les refieren; pero esto tiene su remedio. Si yo estuviera en el pellejo de todos los suscritores de la *Prensa*, procuraría entender todo lo que ella dice al revés de como debe entenderse, y de esta manera sabría siempre la verdad de lo que pasa, ó cuando ménos, la sabría por aproximacion.

—Mal sistema es ese, Zaragate, añadió el *Moro Muza*. Los periodistas tienen obligacion de ser exactos, porque de lo contrario, faltan al primero de los deberes que contraen con el público que alimenta las publicaciones.

—Tambien eso es cierto, señor Moro, continuó Zaragate; pero no lo diga V. porque de otro modo se quejará la *Prensa* de nosotros como de costumbre, diciendo que solo sabemos criticar las faltas de gramática.

—¿Y le parece poco eso á la *Prensa*? Pues ya quisiera ella poder hacer lo mismo, prescindiendo de que lo primero que debe exigirse de todos los que se meten á escritores, es que conozcan la gramática de la lengua en que escriben, porque si no la conocen ¿cómo tienen valor para meterse á publicistas? ¿Y si no saben lo mas elemental ¿qué es lo que pueden enseñarnos en sus escritos? Pero dejando esta cuestion á un lado, ¿que tiene que ver la gramática con lo que ha hecho la *Prensa* esta vez, trasladando al paseo de Isabel II la Gran Parada que tuvo lugar en la calle de la Reina?

—¡Vaya si tiene! dijo Zaragate; para V. otros como V., que dan á cada cosa su nombre propio, eso seria muy diferente: pero no para la *Prensa* que á todo lo llama gramática. Critica V. las impropiedades del lenguaje figurado, que constituyen cuando mas faltas de retórica, y repite la *Prensa*: "Pecata minuta; esas no son mas que faltas gramaticales." Critica V. las costumbres en general, ó las de algun casero en particular, y la consabida doña Desideria dice muy formal que no valia la pena el ocuparse de estas pequeñas

faltas de gramática. Es capaz de salir ahora diciendo que el Paseo de Isabel II y la calle de la Reina son dos adverbios de lugar, y que el haber puesto el primero por el segundo solo equivale á una pequeña incorrección gramatical de que los críticos deben prescindir.

—Estamos de acuerdo, añadió el *Moro Muza*, ya no temo que tu protegido tome la guarnición de la Habana por un verbo pasivo, y el acto de una gran Parada por una preposición, y todo lo demás por una concordancia vizcaína; pero lo que sí extraño es que sabiendo tú estas cosas seas partidario de la Prensa.

—¿Qué si lo soy? exclamó Zaragate; si señor, soy entusiasta por ese periódico y tanto, que aunque sabe V. que yo estuve en la Gran Parada, basta que la *Prensa* diga lo que dice para que yo no crea lo que ví; esto es, para que yo sostenga que se verificó en el Paseo de Isabel II y no desde el Campo de Marte hasta el paseo de Tacon, y no me lo critique V. porque estas faltas gramaticales son muy comunes.

A todo esto, Almanzor, que cada vez está más distraído con sus amores, no desplegó los labios, y como renunciase la palabra cuando le llegó su turno, la tomó Ismael para quejarse amargamente de la horrosa persecución que está sufriendo de parte de algunas mugeres que le tienen asediado, sin dejarle vivir ni sosegar.

—¡Ay! exclamó el bey Almanzor; ¿quien pudiera decir otro tanto!

El muy majadero del bey no había comprendido á qué clase de mugeres se refería Ismael, que aludía precisamente á las pandereteras. Y en efecto, estas ciudadanas se van haciendo tan sociales, que rayan en socialistas. No sabré yo definir ahora su socialismo. No podré decir si están por los talleres nacionales, con el correspondiente derecho al trabajo, ó si pertenecen á la escuela de Proudhon, sosteniendo que la propiedad es el robo, ó si son simplemente falansterianas. Sin embargo, tengo para mí que abogan, con M. Cabet, por el comunismo, y si no se pone coto á sus predicaciones, me parece que pronto convertirán la isla de Cuba en una nueva Icaria. Entre tanto, conste que cada día son más sociales, cada vez se familiarizan más con el respetable público habanero, en tales términos que no ha salido un caballero bien portado á la calle cuando ya se ve acometido por ellas; no ha tomado uno asiento en el café, cuando ya le están ellas agarrando de los brazos ó de las orejas; en fin, tiene razón Ismael, porque la sociabilidad de las tales individuos parece indudablemente una sistemática persecución.

De otro asunto muy distinto habló Aliatar en la conferencia, y fué de la frecuencia con que algunos hombres se ocupan en destruir las invenciones de los otros, verbi-gracia: sabido es que los aficionados á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, son dignísimos adeptos y sucesores de Caco, que no se sabe si por llamarse Caco mostró tan malas mañas, ó si por tener

tan malas mañas le pusieron Caco. Ahora bien: ¿que han hecho los cerrajeros? Inventar cerraduras y llaves complicadísimas para evitar que los discípulos de Caco abran las puertas, armarios ó baules con tanta facilidad como antiguamente y no contentos con esto, los herreros han descubierto unas cajas de hierro para guardar aquello que ustedes saben, tan sólidas y con tan diabólicos secretos que, aun teniendo la llave de algunas, es imposible abrirlas. Pero, ¿que han hecho en vista de esto los alumnos de Caco? construir instrumentos para taladrar las cerraduras cuando estas resistan á las llamadas llaves maestras. No parece sino que hay una competencia entre los cerrajeros y los ladrones para ver quien se sale con la suya, si los primeros en destruir las facilidades de los segundos, ó estos en inutilizar las invenciones de aquellos. Por fortuna, entre los unos y los otros hay un tercero en discordia que se llama Policía, y esta señora, que no puede tragar á los discípulos de Caco, anda siempre alerta para esterilizar sus esfuerzos, apoderándose de todos los instrumentos de descerrarar y de las mismas personas que los manejan, á fin de impedir que la susodicha competencia tome tales proporciones que llegue á ser temible, no ya solo para los herreros y cerrajeros, sino para todo el que tiene interés en que sus puertas, sus cajas y sus armarios no se abran sino cuando sea conveniente. Dias pasados tuvo el *Moro Muza* ocasión de ver uno de los más formidables instrumentos de taladro que hasta la presente se han descubierto, y de paso que, al dar cuenta del hecho, felicita sinceramente á la policía que con tanta actividad persigue á los malhechores, previene al público y á los cerrajeros que no se duerman en las pajas, pues los discípulos de Caco parecen decididos á empeñar una lucha desesperada contra toda especie de cajas y cerraduras.

Otro moro, no recuerdo su nombre, quiso hablar de ópera, pero como la Empresa de este espectáculo no ha ofrecido más novedad que su afición á las repeticiones, sería muy tonto que el *Moro Muza* imitase á la Empresa repitiendo sobre poco más ó menos lo que lleva dicho hasta aquí sobre ópera italiana. Sin embargo, debe dar cuenta de un proyecto que le ha ocurrido á Zaragate para completar la ilusión de los espectáculos históricos, sean líricos ó dramáticos. Propone el bueno de Ibrahim, que para evitar absolutamente los anacronismos, no solo haya propiedad en las decoraciones y trajes, sino que los espectadores se vistan lo mismo que los actores, pues dice que indudablemente así se trasportará más y mejor el público á la época en que se fija la acción. El proyecto, como ven ustedes, es digno del gran Zaragate, y no ha servido hacerle al buen bajá, para que desista de su empeño, las justísimas reflexiones de que resultaría el espectáculo muy costoso si cada cual para ir al teatro tuviera que hacerse un traje de los pasados siglos, y de que, si por casualidad se hacía una función de retazos, representándose por

ejemplo, un acto de la *Safo*, un acto de la *Norma* y otro acto de la *Lucrecia Borgia*, sería preciso que los espectadores tuvieran á su disposición un local inmenso para poder desnudarse y vestirse en cada uno de los entreactos, lo que, por otra parte, sería el cuento de nunca acabar. Algun sastre sugirió el tal proyecto á Zaragate, pero éste lo ha prohijado con tal resolución, que el demonio que se lo quite de la cabeza.

Pero añade el *Moro Muza* que no es exacto lo de las puras repeticiones; porque la Empresa de ópera nos regaló el jueves último la novedad del *Rigoletto* ó el *Héroe por fuerza*. Todos saben que hay en dicha ópera una escena de rapto; pero á nadie le había ocurrido que estas peripecias de rapto se pudieran desempeñar por sustitución, como en el sistema de reemplazos, ó por poder, como los matrimonios. Sin embargo, parece que hubo algun inconveniente para que la prima donna fuese robada, y en tal apuro fué preciso comprometer á un barbudo para que, cubierto con una especie de domínó improvisado, hiciese el papel de prima donna. El hombre se negaba, pero á la fuerza no hay resistencia, y como el tiempo urgía, pues los compases iban avanzando en la orquesta, y como no había tiempo para deliberar, que quiso que no quiso el pobre barbudo, le arrojaron de un empujón al escenario, donde ya no tuvo más remedio que hacer el *Héroe por fuerza*. He aquí una crisálida inversa de las comunes. Regularmente la oruga se convierte en mariposa, pero esta vez la mariposa se transformó en oruga, y no hay más que decir sino que algo más duramente hubiera calificado la historia la conducta de los romanos, en el célebre robo de las sabinas, si aquellas sabinas se hubiesen parecido á la especie de árbol sabino que vimos el jueves último cruzar el escenario de Tacon. Otra fatalidad hubo en el último acto, y fué que, debiendo correrse una cortina, esta se empeñó en no correr. Se conoce que esta cortina dijo para sí: "harto ha corrido allá por el Estado de Tejas mi tocayo Cortinas antes de apoderarse de Brownsville. Ahora que se halla en la ciudad, ya no quiere correr; con que, déjenme á mí seguir el ejemplo de mi tocayo." Y se salió con la suya, pues fuese porque mostrase más carácter que el barbudo que había hecho de prima donna, fuese porque hoy las cortinas son más inviolables que los hombres, ella no quiso ni aun andar, por más esfuerzos que se hiciesen para obligarla á correr. Fuera de estos contratiempos y de alguna frialdad en el conjunto, la ópera salió medianamente. La Sra. Gassier cantó como sabe hacerlo, y el público la aplaudió como de costumbre. El Sr. Barilli dió muestras de ser buen actor; no cantó mal, aunque su voz es de aquellas á que es preciso habituarse. Lo demás, sin lisonja, podía pasar por un regular ensayo, que es cuanto en su favor puede decirse.

En cuanto á la ópera española..... y apéndice: ¿debe ó no darse á la zarzuela e nombre de ópera española? El *Moro Muza* propuso ayer esta cuestión á sus compañe-

ros, y hubo, como suele acontecer, harto encontrados pareceres. Harum-al-Raschid opinó que, diferenciándose ya las zarzuelas modernas de las antiguas zarzuelas y tonadillos en muchas cosas, y particularmente en tener mas piezas de música, debe considerarse como tal ópera; del mismo modo que los franceses tienen lo que llaman ópera-cómica francesa, que es un término medio entre la ópera propiamente dicha y el *vaudeville*. Zaragate dijo que el que los franceses llamen ópera-cómica á lo que nosotros llamamos zarzuela, no es una razon convincente, porque tambien al sombrero le llaman *chapeau*, sin que por eso hayamos nosotros dejado de llamarle sombrero. El *Moro Muza*, siquiera por oposicion á Zaragate, se adhirió á la opinion de al-Raschid, que sin duda es la mas racional. Sin embargo, estas cuestiones de nombre importan un pepino, con tal que cada cosa en su género llene las exigencias del arte y del gusto.

Pues bien: la zarzuela titulada *El Juramento*, de los Sres. Olona y Gaztambide que vimos el miércoles, llena dichas exigencias. Su libreto es por muchos conceptos interesante y su música escelente. Hay dos coros, uno titulado el cuchicheo en el segundo acto y otro de la *Diana* en el tercero que son de primer orden, y para apreciar el valor que les ha dado el público baste saber que hizo repetir uno y otro, siendo dichos coros los primeros que ha hecho repetir el público de la Habana. Parece que el Sr. Gaztambide saca los piés de las alforjas y eso que segun los amigos de doña Desideria no sabe mas que plajiar. Podrá ser así; pero seguramente no debe haber plajiado el arte de producir los efectos, supuesto que sus coros son los primeros que han merecido aquí los honores de la repetición. ¡Como no se haya plajiado á sí mismo!

Ademas de estos coros, que fueron perfectamente ejecutados, debe hacerse mencion del final del primer acto que es una obra maestra; el ária bellísima y original en que la señora Ramirez con su gracia inimitable remeda la voz de barítono; el duo muy bien cantado por la señora Uzal y el Sr. Folguera y el de los Borrachos en que los Sres. Barba y Rojas obtuvieron, como actores y como cantantes, merecidos aplausos. En una palabra el *Juramento* es suficiente para resolver la cuestion en pró de los que dan á la zarzuela el nombre de ópera española y demuestra que los Gaztambides &c., no son de los gallos filarmónicos que necesiten engalanarse con ajenas plumas.

Falta decir algo del circo de Chiarini; pero donde todo es bueno nada debe elojarse en particular. El *Moro Muza* que ha concurrido á los primeros Circos del mundo, y entre otros, al del famoso Franconi en Paris, puede asegurar que en algunas cosas, tales como el volteo, no ha visto nada superior á las funciones que nos está dando el señor Chiarini. Para el domingo próximo se ofrecen dos novedades en una sola suerte. Parece que Mr. Hemmings, que es muy fuerte en los ejercicios de la maroma, trata de

hacer una ascencion desde el piso al tejado de la Plaza, sirviéndole de cuerda un gran trozo de cable submarino, por el cual, antes de romperse, se habian transmitido algunas comunicaciones del viejo al nuévo, y de este al otro mundo. Asi tendremos el doble gusto de ver los ejercicios y cable, descansando sinceramente que este último no tenga en seco tan malas mañas como en mojado; es decir, que no se rompa en el momento de soportar el despacho telegráfico en forma humana que por su medio ha de ir de abajo á arriba y vice-versa, si bien puede asegurarse que nada hay que temer sobre este punto, por estar probado que los anfibios conocidos con el nombre de cables, aunque tengan buenas agallas, viven mejor fuera que dentro del líquido elemento.

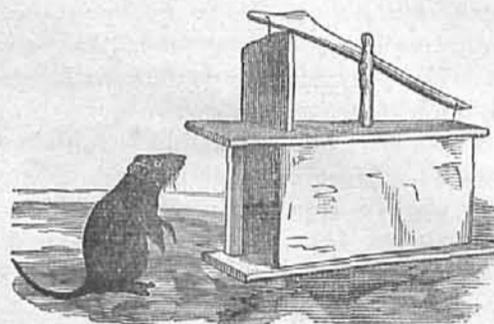
EL MORO MUZA.

MODAS.

Prosigue la de los Quevedos, sin duda para honrar los anuncios que suelen aparecer muy amenudo y que por cierto están engalanados con un precioso dibujo, en el cual no solo se representa la forma de los anteojos, sino tambien la de los ojos. Al ver el diseño diria uno que los ante-ojos tienen ojos, ó que se venden ojos artificiales que facilitan la vision con el auxilio de los ante-ojos modernos, de los cuales dice M. James, ó su digno intérprete: "*Prestan gran alivio á los que padecen de ojos débiles*" (no de debilidad de ojos, sino de ojos débiles, enfermedad tan moderna como los ante-ojos que la prestan alivio) "*Personas de edad avanzada pueden emplear su vista en las ocupaciones mas mínimas por razon de su gran transparencia.*" (No se sabe si alude á la transparencia de los ojos ó á la de los ante-ojos; pero no importa. El caso es que ya las personas de edad avanzada pueden emplear su vista en las ocupaciones mas mínimas y no las ocupaciones mínimas en su vista, como aconteceria, tal vez, antes de descubrirse los citados anteojos) "*La ventaja de mas valor de esta invencion es que empeorándose la vista, la conserva y fortifica*" (Es decir que por medio de la invencion de los nuevos ante-ojos, consiguen los que padecen de los ojos que se les empeora la vista, y luego que logran empeorarla, tienen la satisfaccion de conservarla y fortificarla en el mismo estado deplorable á que la han reducido. Lo que falta averiguar es que utilidad pueden reportar los consumidores de tan raro descubrimiento). "*Los que no hayan usado estos espejuelos y quieran principiar, tienen suficiente con decir la edad*" (De modo que ya no hay precision de decir si uno es présbita ó miope ó si tiene la vista cansada &c. En enviando la partida de bautismo al autor del anuncio, ya puede cualquiera estar seguro de que verá perfectamente con los ante-ojos que se le remitan. Lo malo es que, como no todo el mundo es franco para decir su edad, pues todos nos quitamos los años que se nos antoja tener de menos, será muy difícil ver claro con unos anteojos acomodados matemáticamente á las edades. Tambien será sensible que despues de pasar uno por la vergüenza de dar á conocer la edad que tiene, solo adquiera un mueble de temporada, pues al año le debe quedar inservible, por la razon sencilla de que los anteojos apropósito para el que tenga veinte y cuatro años, no deben surtir efecto luego que uno cumpla los veinte y cinco. En fin, tambien será doloroso

que con solo probar una persona los citados ante-ojos, y en el caso de ver bien con ellos, se le pueda adivinar la edad que tiene; pero todos estos inconvenientes son de poca monta comparados con el aire de importancia que le dan á qualquiera los justamente recomendados Quevedos.

Otra cosa progresa mucho, y es el tráfico lícito de los alojamientos. Desde que los americanos dieron en acreditar sus hoteles, en todas partes se multiplica como por ensalmo esta clase de establecimientos. Por otro lado, la manía de viajar se desarrolla prodijiosamente á causa de las mismas facilidades de transporte que se van descubriendo. Y como el viajero necesita naturalmente alojarse en alguna parte, no tiene mas remedio que apelar á los hoteles, si bien está siempre en su mano el optar por los que presenten mejor aspecto.



Por fortuna, si no todos los hoteles ofrecen las apetecibles comodidades, todos presentan buen cebo, y con corta diferencia puede decirse que todos proporcionan al viajero las mismas ventajas, con lo cual no solo habrá pronto gran variedad en las costumbres, sino tal vez una completa metamorfosis en el género humano.

EL MORO MUZA.

DECRETO MORUNO.

El *Moro Muza*, Sultan del cotarro de su Redaccion: Considerando el desaire hecho por M. Max Maretzek á la prensa en general, retirando los billetes á la *Prensa de la Habana*, por haber este periódico juzgado á la Empresa y á la Compañía de ópera segun su leal saber y entender, y despues de oír á su asesor Muley-Abdul, quien asegura que la disposicion adoptada por Mr. Max se parece á lo del *Soconusco*, en que no necesita comentarios, decreta lo siguiente:

1.º Que se alabe publicamente, como es debido, la noble conducta del *Diario de la Marina*, el cual, volviendo por los fueros y decoro de una institucion respetada por todos los Empresarios de teatros en todos los países cultos, ha renunciado á las localidades que se le habian asignado para las funciones de ópera.

2.º Que se imite por esta redaccion, aunque parezca plágio, lo que ha hecho el *Diario de la Marina*, porque los buenos ejemplos deben imitarse siempre, contestando, como Breton de los Herreros, al *¿Que dirán?* con el *¿Qué se me da á mí?*

3.º Que en conmemoracion de estas ocurrencias se obsequie á todos los que reprueben la conducta del *Diario* y del *Moro*, con un buen canjilon de *soconusco*.

Tendreislo entendido y dispondreis que la luneta de que este periódico disponia en las funciones de ópera, se remita inmediatamente al Sr. Maretzek, para los efectos correspondientes.

Dado en el mas alto minarete del cotarro berberisco á 25 de Noviembre de 1859.

EL MORO MUZA.

HABANA.

Librería é Imprenta EL IRIS, de Majin Pujolá y C.
CALLE DEL OBISPO N. 121.